

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Raisiel Damián
Universidad Francisco de Vitoria

@ raisiel.damian@ufv.es

Una lectura girardiana de los sistemas totalitarios modernos: el caso de Cuba

A Girardian Reading of the Modern Totalitarian Systems: the Case of Cuba

Girard (1986) afirma que «en el totalitarismo moderno reaparece todo un conjunto de características primitivas». Bajo esta línea de pensamiento se enmarca nuestro trabajo. Intentaremos realizar una lectura del totalitarismo que se fundó en la isla de Cuba en 1959 y analizar cómo fue su desarrollo. ¿Se pueden encontrar los elementos esenciales de los sistemas arcaicos sacrificiales en el interior del sistema totalitario cubano? Esta es la pregunta a la que buscaremos dar respuesta.

PALABRAS CLAVE: Revolución cubana, totalitarismo, comunismo, culto a la personalidad.

Girard (1986) claims that «in modern totalitarianism a whole set of primitive characteristics reappears». Our work is framed under this line of thought. We will try to make a reading of the totalitarianism that was founded in the island of Cuba in 1959 and see how it has developed. Can the essential elements of the archaic sacrificial systems be found within the Cuban totalitarian system? This is the question to which we will try to give an answer.

KEY WORDS: Cuban revolution, totalitarianism, communism, cult of personality.

1. INTRODUCCIÓN

La teoría girardiana se abre a diversas ramas de las humanidades, en especial a la antropología. Es, por tanto, idónea para realizar un recorrido de las formas de pensamiento y las relaciones sociales a lo largo de la historia. René Girard propone unos principios centrados en el deseo, y en cómo este, en su realidad mimética, origina la violencia que influye de forma determinante en la estructura social y su desestabilización, permitiendo finalmente el surgimiento de un mecanismo expiatorio que sustentará, *a posteriori*, todo sustrato religioso y lo cultural. De esta manera, su teoría antropológica se enfoca sobre todo en el estudio de los

sistemas arcaicos, subrayando la importancia de los sacrificios expiatorios en la expulsión de la violencia del interior del grupo social. El mecanismo del chivo expiatorio sería el único responsable de mantener la cohesión social, permitiendo, a su vez, la implantación de prohibiciones que rijan las relaciones interindividuales.

En su obra *La ruta antigua de los hombres perversos*, el intelectual francés afirma que «en el totalitarismo moderno reaparece todo un conjunto de características primitivas» (Girard, 1986, p. 144). Bajo esta línea de pensamiento se enmarca este trabajo. Intentaremos realizar el análisis del caso de totalitarismo que se fundó en la isla de Cuba en 1959 y de su desarrollo. ¿Se pueden encontrar los elementos esenciales de los sistemas arcaicos sacrificiales en el interior del sistema totalitario cubano? Esta es la pregunta a la que buscaremos dar respuesta.

Para esto realizaremos un breve movimiento por la teoría mimética, y luego abordaremos elementos y sucesos de la historiografía cubana, para comprobar si la teoría mimética añade o no datos nuevos, permitiéndonos un estudio de los hechos.

Utilizaremos como metodología el análisis histórico-crítico de los primeros años de la Revolución cubana y las acciones llevadas a cabo tanto por el gobierno como por su líder.

1.1. Desarrollo

La teoría de Girard ha sido rescatada del silencio al que la han relegado el resto de las escuelas de pensamiento —en especial el estructuralismo—, que se sintieron desestimadas por el intelectual francés. Aunque la teoría mimética se engloba en el interior de la ciencia antropológica, Girard fue capaz de hacer sentir «incomodos»^[1] a los grandes *especialistas* en esta rama de las humanidades y, a su vez, abrirse camino a una realidad más holística, esto es, intentar dar una nueva luz a diversas categorías de pensamiento.

Con esta intención global, Girard se dispone a revelar «las cosas ocultas desde la fundación del mundo», o sea, se dispone a desvelar («quitar el velo que lo oculta») el debate que se ha dado a lo largo del tiempo sobre el sacrificio y sobre la víctima sacrificial. Su teoría, que inicia con la crítica literaria (su primera obra, *Mentira romántica y verdad novelesca*, es todo un análisis al respecto de la mimesis como hilo conductor en la obra literaria de diversos autores separados en tiempo y espacio como son Cervantes, Proust o Dostoievski). De esta manera, afirmando el carácter primordial de la mimesis en su teoría, se dispone a comprender el valor del deseo como génesis de la violencia y, cómo esta se encuentra en la base de toda cultura humana.

Abriéndose camino desde la crítica literaria se embarcó en el estudio antropológico. Su hipótesis afirma la importancia de reconocer que nuestros deseos son *miméticos*, quiere decir que nuestros deseos son captados a partir de la experiencia del deseo ajeno.

La teoría mimética contradice la tesis de la autonomía. Tiende a relativizar la posibilidad misma de la introspección: descender en uno mismo es, en todo momento, encontrar al otro, al mediador, a aquel que orienta mis deseos sin que yo sea consciente de ello (Girard, 2010, p. 34).

La primera gran tarea de la teoría mimética es romper la «mentira romántica» que nos agobia desde la Ilustración, en la que se nos asegura una autonomía desiderativa.



Su camino le lleva a considerar el deseo mimético como el padre de la violencia, en tanto que nuestros deseos son *deseos de apropiación*. Así, se inicia una larga cadena de *reciprocidad violenta*^[2], que concluirá con un contagio social de esa violencia, llevando a la comunidad a un desequilibrio radical que pone en juego la estabilidad misma del grupo. El gran descubrimiento del pensador francés, entre todas las excelentes intuiciones que alcanzó, es el mecanismo del chivo expiatorio como resolutor de la crisis y promulgador de una norma de vida que, permitiendo a la comunidad vivir, da un *sentido* (entiéndase como camino) a las relaciones humanas. Por este motivo, Girard ha considerado:

El mecanismo de la víctima propiciatoria es doblemente salvador; realizando la unanimidad, hace silenciar la violencia en todos los planos en los que habla; impide que los próximos se peleen e impide que aparezca la verdad del hombre, la sitúa fuera del hombre como divinidad incomprendible (Girard, 1983, p. 294).

El hilo de Ariadna que recorre la teoría girardiana tiene su inicio en el *deseo mimético* como promotor de la violencia y al mecanismo expiatorio como resolutor de la misma. Es ese el camino recorrido por el pensador de Aviñón y el mismo que nos permite una teorización posterior al autor de la obra.

A partir de la muerte del chivo expiatorio se establece la base para la religión y la sociabilidad humana, ya que «solamente la religión puede llevar la hominización a su culminación, puesto que es ella la que crea la cultura y las instituciones, a través del sacrificio» (Girard, 2006, p. 113). La violencia es ocultada tras los altos muros de la religión con tal de *desviar* al ser humano de sus actos, trasportando esta violencia a un ser superior. Este desconocimiento (*méconnaissance*), comprendido por Girard, por parte de los sistemas arcaicos es lo único que les ha permitido mantenerse a flote, puesto que se pone la violencia en otras manos que no son las de los hombres que han cometido el crimen. De esta manera la sociedad, libre de una carga moral, puede construirse y fundarse como grupo social.

Girard afirma:

El papel clave del desconocimiento en todo el proceso del chivo expiatorio es «paradójico» y evidente al mismo tiempo. Es el desconocimiento lo que le permite a cada cual mantener viva la ilusión de que la víctima es realmente culpable y que merece, por eso, ser castigada. Para poder tener un chivo expiatorio no hay que ver la verdad, y por lo tanto no hay que representarse a la víctima como tal «chivo expiatorio», sino como alguien a quien se condena con toda justicia, como se hace en la mitología. No olviden que el parricidio y el incesto de Edipo se consideran reales. Tener un chivo expiatorio es no saber que se tiene (Girard, 2006, p. 72).

La sociabilidad, las instituciones, el sentido etológico de la cultura, todo ello está fundado en la externalización de la violencia que se dio en los sistemas arcaicos y en la religión sucedánea del sacrificio del chivo expiatorio. Es desde la religión desde donde Girard considera la tríada de elementos esenciales que caracterizan, distinguen y permiten la cohesión social de



estos sistemas primitivos (y que posteriormente regulan toda la armonía social tal como la conocemos). Estos son el rito, el mito y las prohibiciones^[3].

Para analizar el caso de Cuba como un totalitarismo, era necesario todo este recorrido anterior que permitirá ubicar la teoría mimética en los sucesos históricos de los últimos sesenta años de la realidad cubana. Los detalles históricos que ahora abordaremos nos dan elementos claros no solo de Cuba como un sistema totalitario, sino también de la posible comprensión que de estos tiene la teoría de Girard como eficaz lectura de la base sacrificial y el terror violento que caracteriza a estos sistemas sociales.

2. UN CONCEPTO DIFÍCIL DE ALCANZAR

En su libro *Los totalitarismos*, el historiador español Eduardo González Calleja retoma en forma de síntesis una de las cuestiones más estudiadas en el siglo pasado: la formación, características esenciales, logro, perfeccionamiento y caída de los sistemas totalitarios (González, 2012). En su primer capítulo se esboza un recorrido histórico por lo que él tiende a denominar *un concepto polémico*. Es tal vez uno de los libros que mejor resumen el principio histórico del suceso y que luego se permite abordar, en la historia, cómo este término no solamente ha demostrado su incapacidad etimológica (no existe un concepto cerrado que sea aceptado por todos los teóricos), sino también la capacidad de adaptarse según las distintas situaciones a los contenidos históricos y sociales anteriores a su surgimiento. Así, los totalitarismos son sistemas camaleónicos que a pesar de tener características similares en cada uno de los países donde fueron puestos en práctica, nunca estas características pueden ser tomadas como elementos cerrados que los identifiquen sin tener en cuenta antes todo el contenido cultural, religioso, social, político y económico del país. Por las páginas de la mencionada obra resuenan los nombres más conocidos (Gentile, Schmitt, Von Hayek, Popper, Arendt, Aron, Friedrich, Brzezinski y Lefort, entre otros) que realizaron una ardua labor teórica acerca de estos sistemas y sus connotaciones. Todos proponen una concepción del totalitarismo a partir de una elaborada presentación de sus elementos característicos.

Más en la actualidad el tema ha interesado de una manera heterogénea en todas las ciencias humanas, de tal forma que un sinnúmero de investigadores de todas las ramas humanísticas han aportado algo al respecto (entre ellos también nuestro autor). Así nos encontramos con una miríada de distintos autores como Slavoj Žižek, Vladimir Tismăneanu, Timothy Snyder, Sheila Fitzpatrick, Vicente Massot, François Fédier, Guille Bataillon, Rafael Rojas entre otros muchos que, continuando la labor de los grandes teóricos de las ciencias políticas del siglo xx han dado muestras de un análisis profundo de los horrores de los sistemas totalitarios, en una búsqueda esencial de evitar el resurgimiento de estos. Antes de pasar al caso de Cuba, y sus particularidades, opto por enumerar una serie de características generales que todos estos autores encuentran en los totalitarismos:

La gobernación de un único partido político. La imagen de un líder fuerte y glorificado desde la propaganda política. La falta de división o separación de poderes del Estado, por eso se llama «Estado totalitario». La falta de derechos individuales, de libre opinión o de intervención en la política para



cualquier ciudadano. La falta de libre elección de culto y de educación [...]. El abuso de la propaganda política y de los medios de comunicación masivos, con fines estratégicos para ejercer el control y la represión social. La censura de la opinión pública y de cualquier tipo de información en los medios de comunicación que no provenga del Estado. El control y el manejo de la economía por parte del Estado, que se apodera de las propiedades privadas y de las corporaciones de la Nación. La adopción de ideales políticos, ya sea de izquierda o de derecha, para ejercer el régimen totalitario [...]⁴¹.

Aunque estas características son fácilmente remarcables en todos los universos totalitarios, las diversas formas de expresión en uno u otro país es lo que devenga cierta novedad a los estudios actuales. Aunque existe una importante limitación por parte de la mayoría de estos autores al centrar sus análisis en los sistemas totalitarios protagonizados por la Alemania nazi, la Italia fascista y la URSS estalinista. Esta limitación investigativa se enmarca en un intento de universalizar conceptos claros y precisos al respecto de estos sistemas políticos que puedan ser avalados por todos.

3. LOS PRIMEROS MOMENTOS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA: LA LUCHA CONTRA BATISTA

Para comprender la historia de la Revolución cubana y de su formación a partir de 1959 en un totalitarismo, debemos ampliar nuestra mirada a un periodo anterior donde evidenciamos una crisis social latente que da lugar a los posteriores eventos llevados a cabo por Fidel Castro y su grupo.

El 10 de marzo de 1952, el general Fulgencio Batista da un golpe de Estado al, en su momento, presidente Carlos Prío Socarrás. Aquel golpe de Estado tuvo consecuencias insalvables para la dinámica social y política de la Cuba de entonces, que creía haber encontrado una luz potente y duradera en su Constitución de 1940.

Este golpe militar pone en jaque las instituciones y salvaguardas del Estado, por lo cual es considerado por Rafael Rojas, historiador experto en Cuba y Latinoamérica, como un estado de excepción, al estilo propuesto por Carl Schmitt. Rojas señala:

Desde el punto de vista jurídico, la suspensión de garantías constitucionales y la anulación de la Constitución de 1940 implicaron el establecimiento de un «estado de excepción»; este tipo de suspensión de la norma jurídica, en el cual el soberano desconecta su fuente de autoridad de las leyes y los mecanismos del gobierno representativo, fue estudiado por el jurista austriaco Carl Schmitt —quien, a su vez, retomó la defensa de la dictadura que hizo Juan Donoso y Cortés, el conservador peninsular del siglo XIX— y que ha sido reformulado en años recientes por el filósofo italiano Giorgio Agamben (Rojas, 2012, pos. Kindle 518).

Esta demarcación del periodo del golpe de Estado de Batista como un estado de excepción nos remite a los estudios recientes de Lars Östman sobre la teoría mimética y la ley,



donde afirma una profunda conexión entre el estado de excepción de Schmitt y la crisis sacrificial de Girard^[5].

Si nos conducimos por la investigación Östman: el periodo del golpe de Estado y sus consecuencias posteriores pueden ser definidos fácilmente como un estado de crisis social girardiano, donde las instituciones pierden su validez y la violencia puede fácilmente ir *in crescendo* hasta alcanzar cuotas importantes^[6]. Justo esto fue lo que ocurrió durante el periodo de crisis que se inaugura el 10 de marzo de 1952. Las leyes e instituciones que fueron creadas y que se sustentaban en la validez de la carta magna son invalidadas y cambiadas por los *Estatutos del Viernes de Dolores* (4 de abril de 1952) que mantenían a la nación en un estado de emergencia y que circunscribían todo los poderes —excepto el poder judicial, cosa extraña para tal caso— en manos del presidente Batista.

Esta dictadura militar, abriría paso a un importante número de grupos que desde la política, las letras, la justicia o el ejercicio militar intentarían derribar a Batista y retornar al estado liberal-democrático sostenido desde 1940. Por esto mismo, Rojas detalla que los principios de la Revolución cubana tendrían un significativo detalle del que carecían otras revoluciones socialistas:

A diferencia de otras revoluciones socialistas, como la rusa o la china, la cubana tuvo —entre 1952 y 1960— una primera fase liberal democrática lo suficientemente extensa para dividir el proceso de construcción de la nueva legitimidad en dos tiempos. El primero correspondió a la oposición pacífica o violenta a la dictadura de Fulgencio Batista, y el segundo a la prolongada edificación —entre 1961 y 1976— del sistema institucional socialista (Rojas, 2012, p. 481).

La Revolución cubana —que es importante destacar que no fue impulsada solo por el joven Fidel Castro— reúne a pensadores, católicos, liberales comunistas, socialdemócratas y jóvenes estudiantes bajo una misma línea: el fin de la tiranía y con el presupuesto de devolver a Cuba a los canales democráticos preexistentes. Pero del dicho al hecho hay un importante paso, y estas garantías constitucionales nunca volverán a rehabilitarse en el periodo posterior a 1959. De ahí que en otro de sus artículos Rojas se centre en la pérdida de institucionalidad y de realidad constitucional desde el golpe de Estado de 1952 hasta la presentación de la Constitución de 1976 (esencialmente comunista y fuertemente constituida bajo la lógica soviética) (Rojas, 2011).

Entre las muchas reacciones de estos grupos se levantó un joven Fidel Castro, un recién graduado estudiante de derecho que protagonizó el 26 de julio de 1953, junto con un grupo de compañeros y aliados, un intento de asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes en la región oriental de Cuba. A pesar de que este golpe fracasó estrepitosamente, Castro quedó reconocido públicamente y su figura se entrelazó con la imagen del cubano que lucha contra la injusticia y la tiranía.

La figura de Fidel Castro a partir de entonces fue elevada y valorada y, a su vez, vilipendiada y atacada por la opinión pública y diversos sectores de la sociedad. Hugh Thomas, en una de sus obras nos relata:

La impresión producida a la opinión pública por el ataque a Moncada y sus consecuencias fue considerable. De no haber sido por la represión, el



ataque a Moncada sin duda se habría olvidado [...]. La represión y el juicio dieron a Castro, a partir de entonces, cierto aire de héroe. Los profesionales, los católicos, los liberales y la clase media se sentían ultrajados (Thomas, 1974, t. II, pp. 1091-1092).

Si nos conducimos por el espectro teórico girardiano y aceptamos que este periodo posterior al golpe de Estado era un periodo de crisis social e inestabilidad, la puesta en marcha de un sacrificio expiatorio que calmara la sed de venganza de las gentes era más que necesario. El detalle es que Fulgencio Batista no contó que al reprimir con tal fuerza el golpe del Moncada convertiría en héroes dignificados a los sobrevivientes, y en especial a Castro. Así, lo inefectivo de los sacrificios actuales —cosa que Girard abordó en varias ocasiones^[7]— promueve más un enfoque a favor de la víctima, papel que ahora es el más buscado.

En nuestros días, determinados aspectos de ese saber, el de la víctima, están demasiado extendidos como para no haberse degradado y pervertido, como para no haberse convertido en el instrumento paradójico de una persecución más sutil. El carácter único de la época se revela en el hecho de que, frente a la opinión pública, el papel de la víctima es ahora el más deseable. No se trata ya de la postura antigua del suplicante que se esfuerza en provocar piedad, sino de la reivindicación de los derechos jurídicos e incluso extrajurídicos (Girard, 1995, p. 130 y ss.).

Esta idea se enmarca en las palabras de Guille-Bataillon sobre la figura de Fidel Castro cuando reconoce:

El primero pasa por un recién llegado a la escena de los competidores por el poder y multiplica las demostraciones de fuerza para ser reconocido y admitido en tal círculo. El ataque al cuartel Moncada (1953) es, ciertamente, un gesto inaugural en el que Castro va a aspirar a la reencarnación de Martí; pero también es una demostración de fuerza que se coloca en medio de una multitud de otras demostraciones de fuerza llevadas a cabo por los miembros de diferentes pequeños grupos revolucionarios que cuestionan el golpe de Estado de 1952, que llevó a Batista al poder por segunda vez (Bataillon, 2010, p. 17).

Fidel Castro se convierte en la víctima de una fuerte persecución llevada a cabo por Batista, que lo encarcela y lo convierte a escala nacional en el chivo expiatorio que requería en el momento. Pero un chivo expiatorio que no es sacrificado puede mantener su papel vital de víctima y atraer hacia sí la opinión de la sociedad y ponerla a favor de su causa. Esto es primordial si queremos comprender cómo posteriormente la imagen de Fidel es sacralizada y a su vez, cómo el haber fungido el papel de chivo expiatorio le valdrá como justificación oportuna de los sacrificios que llevará a cabo. Pues como bien sabemos, para Girard, el papel del chivo expiatorio posterior al sacrificio es único, en tanto que encarnará una realidad divina por la paz obtenida tras su muerte. Por ello considera:



En su cualidad de fuente aparente de toda discordia y de toda concordia, la víctima original goza de un prestigio sobrehumano y terrorífico... En ese prestigio es donde hay que buscar el principio de toda soberanía política y religiosa (Girard, 1982, p. 64).

Aunque hay una variación en los casos en que la víctima es sacrificada en los sistemas arcaicos estudiados por Girard y el sentido simbólico que proponemos, el caso de Fidel se plantea como la victimización de un sujeto por sus actos, que dará lugar posteriormente a una mistificación de su figura. Así, el Fidel Castro encarcelado es convertido en un referente histórico y es introducido en la rueda de la dinámica del poder. Al ser investido de una personalidad pública tan atrayente y evidenciado no solo como inocente sino como posible salvador, la dictadura batistiana ha caído en la conversión de este sujeto en una víctima deificada al estilo de Girard, esto es, en un chivo expiatorio.

El mito ideologizado y nacionalista que se configura alrededor de Castro —y que aumentará a niveles exponenciales a partir del triunfo del 1 de enero de 1959— se importa del sistema mítico atendido por Girard: «La ideología ha reemplazado a la mitología, pero los mecanismos se parecen» (Girard, 2010, p. 91 y ss.). El mito ideológico acerca del valor del líder y de los sacrificios realizados por este en favor de la sociedad imprimen en su figura un carácter divino y le permiten, a su vez, un mayor control de las acciones de la masa. Es necesario que este sacrificio que realizó Fidel lo diera a conocer a la sociedad para que pudiera encarnar, formalmente, la figura del chivo expiatorio. El encarcelamiento y el exilio dieron a Castro la oportunidad de encarnar unos ideales, de configurar en su persona una lucha y unos valores y, por tanto, configuraron alrededor de él el mito ideológico y nacionalista que tanto se esperaba.

Hablamos de mito ideológico en una distinción del mito religioso primitivo, aunque en esencia ambos responden al mismo uso. Es ideológico en tanto que es la ideología dominante la que se encarga de elevar por encima de la realidad la historia de esos movimientos de masa, y de esas figuras principales. Además, como ideología responde a los intereses de un grupo determinado que, haciendo uso de esta, puede realizar un control de las voluntades generales. Y en este caso la ideología cubana del momento, la primera etapa de la Revolución (1952-1958), respondía a un demarcado interés nacionalista, donde se introducía la lucha de todos los grupos contra Batista en la misma línea que las luchas por la independencia del siglo XIX.

[...] la Revolución cubana agregó un nacionalismo descolonizador del que carecieron los procesos del socialismo real de Europa del Este. La narrativa histórica y literaria involucrada en la legitimación simbólica de esa experiencia, aunque fue modulando sus enunciados en el transcurso de aquellas tres décadas, actuó de manera acumulativa, superponiendo capas discursivas liberales, democráticas, marxistas-leninistas y nacionalistas en el lenguaje de los líderes, de los medios de comunicación, de las instituciones culturales y educativas, de la esfera pública y del campo intelectual y académico (Rojas, 2012, p. 481).

De tal forma que el discurso intelectual y revolucionario sobre la lucha contra Batista se centra en mantener vivos los nombres de José Martí, de Manuel de Céspedes, de Antonio



Maceo y los nombres más cercanos de la lucha contra el anterior dictador Machado (1933) como Antonio Guterres y Rubén Martínez Villena. La figura de Fidel Castro se retroalimenta de todo el bagaje cultural, histórico y de recorrido independentista que le permite aflorar con una imagen de liberador y de continuador de la obra de los primeros patriotas.

Este detalle, propio únicamente de la Revolución cubana, se decanta por mantenerse vivo durante las fases de construcción social que vendrían después de 1959. Por lo cual el discurso de Fidel Castro y sus continuadores, hasta nuestros días, se elabora en la reivindicación de un nacionalismo ideológico camuflado en un aura de patriotismo que se aúna con los principios propios del carácter socialista de la Revolución. Esto significa que la Revolución utiliza un lenguaje bien orquestado donde sus luchas y logros son los resultados buscados por los «Padres de la Patria», aquellos que iniciaron las luchas de independencia contra España en 1868.

4. LA LLEGADA DEL TRIUNFO REVOLUCIONARIO (1959): LA EXACERBACIÓN TRIUNFANTE DEL LÍDER DIVINO Y EL INICIO DEL TOTALITARISMO SACRIFICIAL

Llegado el triunfo revolucionario el 1 de enero de 1959, con la huida de Batista días antes, el pueblo cubano exulta de alegría ante los gozos del grupo militar de la Sierra Maestra. Este grupo, que durante años mantuvo un estilo de guerra de guerrillas en las montañas del oriente de Cuba, decide poco a poco dividirse en sesiones con dirigentes que puedan ir tomando a la fuerza el resto de la isla. Así, el 31 de diciembre de 1959, La Habana, capital de la isla y centro neurálgico de todo el poder político y militar, ya había sido tomada y estaban a la espera de la llegada triunfante en caravana de Fidel Castro desde Santiago de Cuba.

La figura de Castro, al finalizar la gesta revolucionaria, estaba en su mejor momento. Thomas menciona:

A los pocos días de la huida de Batista, la influencia de Castro sobre los cubanos era tan grande que, mientras el 1 de enero tenía solo un puñado de seguidores, al cabo de unas semanas muchos miles de persona creían que no podía equivocarse. Era su liberador: no solo les había librado de Batista, sino de todos los males antiguos (Thomas, 1974, t. III, p. 1334).

La idea con la que Thomas finaliza la cita vuelve a traernos a colación el sentido girardiano del chivo expiatorio. Fidel Castro era reconocido como aquel que *libraría* de los males antiguos, aquel que detenía la guerra civil que se estaba llevando a cabo desde 1952. Podemos encontrar en Castro la esencia del *pharmakos* griego: aquel que fue culpable o iniciador de lo malo (en este caso es una de las cabezas visibles principales de los inicios de la lucha armada contra Batista en este periodo de guerra civil) es también el que le pone fin (el triunfo de la Revolución debía sellar finalmente el periodo de guerra civil y las luchas armadas contra el tirano Batista). Como afirma Tismăneanu: «La personalización del poder político, su concentración en las manos de un semidiós, llevó a su adoración religiosa y a la humillación masoquista de sus *súbditos*» (2015, p. 116).

El detalle que la historiografía actual nos ilustra con gran claridad es que el pueblo cubano caía en un error evidente y que quizás en el momento no era totalmente perceptible: el culto



a la personalidad. Un culto exacerbado que provino de todas las clases sociales, intelectuales y religiosas. La unidad social y el regocijo nacional de todos (liberales, socialistas, católicos, comunistas, intelectuales, trabajadores, estudiantes universitarios...) se alzaba ahora ante una sola imagen: el joven Fidel Castro triunfante entrando en La Habana en una caravana que podría recordar la entrada de Cristo en Jerusalén el domingo de ramos. Al respecto de este culto a la personalidad, Careaga afirma:

De perseguidos se transforman en héroes revolucionarios exaltados hasta el delirio: el Che Guevara, Raúl Chivas, Armando Hart, Haydée Santamaría, Raúl Castro... y el creador y comandante máximo de la guerrilla: Fidel Castro. A partir de este momento Fidel Castro y la Revolución se identificaron como la unidad, y aunque él no quería al principio el culto a la personalidad, poco a poco se fue desarrollando ese rasgo característico de todo el socialismo totalitario (Careaga, 1997, p. 10).

La interpretación del historiador mexicano se afianza en la de las ideas sobre el culto a la personalidad que encontramos en Girard:

O bien ha dejado ya de haber una verdad común, o, para imponer una, hay que vivirla hasta el fin. Si se está dispuesto a matar por ella, también hay que aceptar la posibilidad de morir por ella, llegado el caso. Hay que confundirse con ella, hacerse su encarnación. En los sistemas totalitarios, los dirigentes tienden a este estatuto de encarnación. Solo enuncian palabras geniales. Se les trata como a la verdad viva, al rey sagrado, tal es lo que se llama el «culto a la personalidad» (1995, p. 140, la cursiva es mía).

Y en otra de sus obras señalará: «Los modelos heroicos, entendidos como modelos imitables, están hoy en día caducados. Es por esto por lo que los regímenes totalitarios han intentado siempre construirlos» (Girard, 2010, p. 157).

La construcción de esta personalidad superior se vincula con el magnetismo, la capacidad de oratoria y el poder que desprendía Fidel a partir de sus constantes victorias. Sus palabras, gestos y formas eran constantemente copiados. Podemos afirmar que durante un gran periodo de la historia de Cuba, tal culto a la personalidad del líder barbudo de la Revolución cubana contrastaba con las teorías de autores girardianos que apuestan por hablar de una «plétora de mediadores» en contra de un modelo único (Antonello & Webb, 2015, p. xiv). Cuba, en su particularidad histórica, política y social, nos da contados momentos de una afianzada ideología que abogaba por la propuesta de un modelo único: tanto en la vida social (modelo del sujeto revolucionario socialista *perfecto*) como en la vida privada.

Un culto a la personalidad que es característica esencial de los sistemas totalitarios y que encontramos bien explicada en grandes estudios sobre las figuras de Lenin, Stalin, Hitler, Ceaucescu y Tito entre otros. En particular, en la obra del politólogo rumano Vladimir Tismăneanu, se nos propone un interesante recorrido epistemológico para dilucidar cuál era el principio básico del culto a la personalidad en estos líderes y si existían semejanzas en las formas de mitologización a la que fueron sometidos. Tismăneanu afirma que el culto a la



personalidad hitleriana se vincula más con la figura de Lenin que con la de Stalin. Este último era más entendido como la continuación al frente del partido y de la historia de la gran figura de la revolución socialista rusa, que era Lenin, pero no al mismo nivel que este (debemos tener en cuenta el proceso de desestalinización posterior a su muerte). Si trasladamos estas consideraciones al caso de Cuba, esto nos aportaría unos datos bastante interesantes para comprender la figura de Fidel Castro; y de cómo este podría ser sometido a la misma valoración que da Tismăneanu de Lenin y Hitler como los grandes líderes de su revolución, aquellos que fueron propiamente deificados. Y también nos ayuda a entender el papel actual —y la enorme pérdida de esa mistificación que acompañaba a Fidel— como continuador al frente del Partido Comunista de Cuba de su hermano Raúl Castro (y más porque este líder cubano toma el poder en un periodo de decadencia del socialismo en la isla que ya no sería factible considerar con los mismos parámetros que atendemos los primeros años de la Revolución cubana) (Tismăneanu, 2012, pp. 58-61).

Los periódicos y diarios de la época de todo el mundo se hicieron eco de la noticia. Gran parte de la prensa radial y escrita de Cuba (periódico *Revolución*, revista *Bohemia*, la red nacional de radio y televisión CMQ), como de España (diario *ABC*), Estados Unidos (*New York Times*), Chile (diario *El Mercurio*), Argentina (diario *Clarín*), Venezuela (diario *Últimas Noticias*), Francia (diarios *Le Figaro* y *Le Monde*), Reino Unido (*Manchester Guardian*) y la URSS (diarios *Pravda*, *Izvestya* y *Trud*)⁸¹; llevaron a sus respectivos ciudadanos la historia del triunfo revolucionario y de cómo se llevó a cabo la gesta, así como palabras de Fidel y las promesas del retorno a la calma y la constitucionalidad.

Como advierte ávidamente Thomas al hablar de la imagen de Castro en esos primeros momentos del triunfo:

Desde la muerte de Martí, los cubanos habían estado buscando a este hombre. Ahora creían haberlo encontrado. No se trataba de bonapartismo «estilo Caribe»... Cuba es un país donde la política, la magia y la religión son provincias colindantes, a veces sin línea divisoria. Al mismo tiempo, la victoria inspiraba en toda la sociedad un espíritu de virtud cívica que nunca se había dado antes en Cuba. Los cubanos no habían tenido mucho en qué creer. Las costumbres y las instituciones que en países más estables actúan como freno de las ambiciones de los individuos y de las esperanzas emocionales de las masas, en Cuba apenas habían existido [...] (1974, t. III, 1334).

El investigador americano subraya toda una serie de características que, si consideramos que tiene razón, son las que más adelante permitirán la formación de un sistema totalitario fundado sobre el sacrificio victimario. En el caso de Cuba, estas anotaciones dadas por Thomas son de vital importancia para comprender la génesis y el desarrollo de lo que pronto sería un universo totalitario. El culto a la personalidad y la creencia de una bondad sobrevalorada en su figura hacían de Castro el sujeto idóneo para llevar a la sociedad cubana a los niveles que la historia nos ha enseñado.

Las primeras acciones de Castro, como de Ernesto Guevara de la Serna y otros dirigentes del grupo revolucionario, estuvieron encaminados al reordenamiento de la sociedad. El uso constante de los medios de comunicación permitiría un mayor control de la conciencia de la



ciudadanía permitiendo, de este modo, que los revolucionarios pudieran actuar de forma justificada *a posteriori*.

Aunque al principio los medios de comunicación mantenían la libertad democrática y la posibilidad de dar a conocer las noticias con un importante nivel de fiabilidad, los datos que se manejaban entonces ilustraban los gloriosos días de la lucha revolucionaria y abogaban por la legitimación y el retorno a la institucionalidad instaurada en 1940. No quiere decir esto que la mistificación de los líderes revolucionarios pasara desapercibida. Careaga señala los momentos en que la intelectualidad cubana pide a Fidel Castro y a sus compañeros que eviten a toda costa el inicio de una nueva tiranía; además también relata cómo gran parte de la antigua intelectualidad cubana fue poco a poco menospreciada y hostigada para obligarles a escribir en favor de la nueva realidad social (Careaga, 1997, p. 11).

Este primer momento de mantener una legitimidad histórica y un apreciado impulso a la democracia fue poco a poco escindido de toda la línea intelectual cubana. Como indica en sus obras Rafael Rojas, aunque al inicio el impulso revolucionario contra Batista pretendía un retorno al legítimo discurso histórico (aquel que tenía claro que Cuba entre el periodo de 1902-1958 era una república democrática), y este mismo impulso caracterizaría los primeros meses revolucionarios, ocurrió un cambio trascendental en 1960 que ya evidenciaba el interés de Fidel y su grupo por un cambio de legitimidad y de lectura de la historia. Este cambio es una ruptura con el pasado de tal forma que el lenguaje historiográfico se vio afectado. El periodo de 1902-1958 dejaría de ser considerado como de república para ser denominado «neocolonia», cayendo en el olvido histórico el discurso intelectual anterior^[9]. Además, en la prensa se comenzó a observar este cambio de discurso hacia patrones nuevos: un viraje hacia lo soviético que será afirmado públicamente a partir de 1961, como señala Rojas en su obra (2012, p. 721).

Otro detalle importante que hay que destacar, y que más nos aporta al estudio girardiano de la historia de este periodo de Cuba, es el inicio de las purgas revolucionarias. El uso del término *purga* es aposta, pues remite tanto a la concepción de la mayoría de los historiadores como a la teoría girardiana. Efectivamente, se hizo una purga total de los contactos gubernamentales con el viejo régimen^[10], así como una culpabilización posterior hacia las clases altas más emparentadas con Batista. Este principio de purificar a la sociedad a partir de la erradicación de un grupo o clase social, propio de la izquierda del momento —un poco antes de 1959 ya Stalin daba sobradas muestras de purgas dentro y fuera de la URSS (Tismăneanu, 2015, pp. 80-81)—, es copiada por los líderes revolucionarios que fueron relacionando poco a poco a las clases altas con los antiguos agentes y amigos de Batista. Bataillon resume estos primeros instantes de la Revolución asegurando:

En el transcurso de 1959, toda una serie de gestos de Fidel Castro y de sus colaboradores, como la creación de los tribunales de excepción contra los «criminales de guerra», la intervención personal de Castro en el caso del juicio de los aviadores para lograr su condena a muerte, la lucha contra la autonomía de las universidades y la independencia de las organizaciones estudiantiles, la instauración del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) y la metida en cintura de los sindicatos y la prensa, ponen en evidencia la instalación de un orden totalitario. Con estos hechos se afirma la idea de un poder omnisciente que encarna lo social liberado de toda con-



tradición y por el cual toda forma de alteridad se piensa en términos de antagonismo pueblo-Uno/enemigo del pueblo. También se afirma la idea de un Poder encarnado por un Comandante en Jefe cuya autoridad vuelve caducas todas las diferencias entre el Derecho y el Poder, el Saber y el Poder, el Capital y el Trabajo. Casi ningún actor está en condiciones de señalar esta transformación simbólica, que se articula en la transferencia de poder a una forma nueva de dominación (Bataillon, 2010, pp. 19-20).

Contando con el apoyo popular hacia su figura, comienza por destituir ministros, recoger las armas del pueblo y cesar indefinidamente —hasta llevarlos a desaparecer— a los movimientos revolucionarios y paramilitares que no fueran de su entera confianza. Estos primeros pasos ya daban lugar a que los investigadores actuales podamos ir identificando los discursos de persecución y los prototipos victimarios de la nueva etapa de Cuba^[11]. Como menciona Thomas: «Las primeras ocupaciones del gobierno revolucionario fueron de revelar, acusar y castigar» (Thomas, 1974, t. III, p. 1375). Son, evidentemente, acciones de purga para purificar la nueva sociedad de todo lo que considerasen impuro. Sobre lo impuro, Girard dirá:

[...] la tendencia a atribuir las imperfecciones de una sociedad a chivos expiatorios de dentro y de fuera sigue siendo probablemente universal; en lugar de descubrirla y denunciarla, las sociedades totalitarias la alientan y sistematizan. Alimentan con víctimas el mito que intentan promover, el de su propia perfección (1995, p. 149).

Tal atribución vería sus efectos latentes hasta la actualidad. Incluso la intelectualidad cubana apoyaba en cierto modo las primeras medidas represivas, y poco a poco fueron ajustando sus técnicas de escritura o de pensamiento a la ideología imperante. Es particular el cambio que destaca Rojas en el poeta Nicolás Guillén, quien sometió su estilo poético a un fuerte cambio tanto semántico como hermenéutico, para protagonizar una encarnada literatura expiatoria (Rojas, 2012, p. 790). El uso de la terminología empezó a afinarse con coloquialismos peyorativos que aún en la actualidad se mantienen: «gusanos», «lumpen», «escorias», «contrarrevolucionarios», «mercenarios», «vendepatrias» o «yanqui» son distintos términos que se hicieron comunes tanto en la prensa de todos los años de la Revolución (de los sesenta años, incluso hasta el periodo actual) como en los discursos de Fidel ante el mundo. Poco a poco el sistema cubano se fue embarcando en una sociedad que requería, inexorablemente, de chivos expiatorios, tanto internos como externos. Así la normalidad social que podría verse truncada en crisis económicas, sociales o políticas, concluía con discursos o alocuciones del líder revolucionario echándole la culpa a enemigos internos u organizando una fuerte línea discursiva contra los Estados Unidos y sus gobiernos. Así, desde 1959, la sangre de muchos era derramada en grandes juicios espectáculos para calmar la furia de la masa.

Los primeros procesos contra los prisioneros de guerra tendrían como objetivo responder legalmente ante los crímenes de guerra de las fuerzas batistianas. Había argumentos legales que respondían a esto. También se consideraban argumentos más vulgares como evitar la venganza por parte de las familias afectadas hacia antiguos miembros del régimen. Era la forma de frenar una escalada de violencia, al estilo girardiano, por parte de las nuevas fuerzas policiales.





Es lógico que en estos juicios las teatralizaciones fueran lo común. Girard considera mucho esta temática en los sistemas totalitarios. Afirma que el juego roto del sistema judicial conduce a una comedia judicial, y que él evidencia esto, principalmente, en un sistema totalitario en auge. La verdad es que consideramos que ya desde los primeros momentos de la Revolución no se realizaba un ejercicio claro de la justicia, puesto que fueron llevados a juicio soldados y oficiales, entre muchos otros, pero también sin juicio previo fueron «ajusticiados» (Thomas, 1974, t. III, p. 1380) un número considerable de sujetos del régimen anterior. Los juicios teatralizados son mencionados por el pensador de Aviñón cuando señala: «Allí donde la ideología descompone lo judicial, las parodias legales se multiplican suscitando comportamientos análogos al de los tres inquisidores de Job» (Girard, 1995, p. 139).

Los juicios sumarísimos eran la normalidad de los primeros meses, pero, a su vez, se convertirían en el juego político común de la sociedad cubana para eliminar a sus disidentes políticos en todas las épocas. Como menciona Ivan Margolius al hablar de los juicios espectáculos en la era de Stalin y que, particularmente, encontramos muy cercano al pensamiento de Girard y a los sucesos de la isla de Cuba:

The show trial was a propaganda arm of political terror. Its aim was to personalize an abstract political enemy, to place it in the dock in flesh and blood and, with the aid of a perverted system of justice, to transform abstract political-ideological differences into easily intelligible common crimes. It both incited the masses against the evil embodied by the defendants and frightened them away from supporting any potential opposition (*Margolius, 2006, p. 153*).

Pero rápidamente la Revolución conocería otra etapa donde se ensañaría con los prototipos soviéticos de «enemigo del pueblo». De tal manera que como afirma Rojas:

El impulso de visualización social del enemigo, en tanto demanda del proceso de construcción de la nueva legitimidad revolucionaria, es fácilmente documentable en los años sesenta y setenta. El enfoque marxista-leninista le agregaba un discurso clínico, desde el punto de vista psicológico y sociológico, que procedía de la localización de aquellos sectores sociales proclives a desarrollar simpatías por el enemigo. Se trataba, de acuerdo con las teorías de la psicología y la sociología soviéticas, de «partes blandas o corruptibles» de la sociedad socialista, cuyos vínculos hereditarios con el antiguo régimen permitían la creación de una quinta columna del enemigo externo dentro de la isla (Rojas, 2012, p. 813).

Esto es localizable en la mayoría de los discursos de Fidel. Por ejemplo:

Y esa Revolución, esa Revolución, esa Revolución no la defendemos con mercenarios; esa Revolución la defendemos con los hombres y las mujeres del pueblo. ¿Quiénes tienen las armas? ¿Acaso las armas las tiene el mercenario? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Acaso las armas las tiene el

millonario? (Exclamaciones de: «¡No!»). Porque mercenario y millonario son la misma cosa. ¿Acaso las armas las tienen los hijitos de los ricos? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Acaso las armas las tienen los mayores? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Quién tiene las armas? (Exclamaciones). ¿Qué manos son esas que levantan esas armas? (Exclamaciones). ¿Son manos de señoritos? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Son manos de ricos? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Son manos de explotadores? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Qué manos son esas que levantan esas armas? (Exclamaciones). ¿No son manos obreras? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿No son manos campesinas? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿No son manos endurecidas por el trabajo? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿No son manos creadoras? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿No son manos humildes del pueblo? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿Y cuál es la mayoría del pueblo?, ¿los millonarios o los obreros?, ¿los explotadores o los explotados?, ¿los privilegiados o los humildes? (Exclamaciones). ¿No tienen las armas los privilegiados? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Las tienen los humildes? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿Son minoría los privilegiados? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿Son mayoría los humildes? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿Es democrática una revolución en que los humildes tienen las armas? (Aplausos y exclamaciones de: «¡Sí!» y «¡Fidel!, ¡Fidel!» y diferentes consignas revolucionarias) (Castro Ruz, 1961).

Un grupo de la sociedad se volvió el prototipo indicado para los ataques de la sociedad, un grupo que sería culpabilizado y sacrificado por las crisis sociales o políticas del gobierno. Si nos centramos en la teoría mimética, Girard refiere en varias ocasiones que el *diasparagmos* era tratado como un animal, como un monstruo que debía ser aniquilado para contener la violencia. Por otro lado reconoce que estos sacrificios, por la *méconnaissance*, son atribuidos a los dioses: que son estos los que exigen la muerte del chivo expiatorio. Como señala Tismăneanu sobre las purgas soviéticas, que luego serán copiadas en la práctica en la isla, «todos ellos tenían que ser pintados como odiosas sabandijas y veneno repugnante. Los héroes de ayer se habían convertido en la basura de hoy» (Tismăneanu, 2015, p. 129). Tismăneanu ha leído a Girard y conoce su teoría, utiliza un lenguaje similar a la hora de interpretar la historia soviética, cosa que nos permite apoyarnos en este autor para desarrollar nuestro estudio de Cuba. Porque a *imagen y semejanza* de la etapa soviética estalinista, Fidel Castro inició abiertamente grandes purgas que consolidaron su papel como víctima victimizadora, justificando los sacrificios que ordenó en nombre de la historia y su consecución gloriosa. Y al igual que Stalin, llegó un momento en que los antiguos héroes de la revolución serían sacrificados también como escoria^[12].

La teoría que respalda el juego de palabras de la *víctima victimizadora* proviene de dos vertientes. Por una parte, de Dumouchel cuando presenta su teoría de la realeza sagrada y cómo el chivo expiatorio, cuando no es asesinado, adquiere la potestad de mantener la gloria por los sacrificios que luego llevará a cabo. Afirma Dumouchel:

The way that Girard analyzes sacred royalty suggest there is a close link between politics and the sanctification of the executioner or, more specifically





the sacrificer. Girard suggests that the first sacred kings must have been victims waiting to be sacrificed, but already made divine in anticipation, who were able to take advantage of the wait to delay as long as possible the time of their sacrifice, or to shift the violence onto other victims, and transforms themselves into sacrificers. Between the sacrificer and the sacrificed, the distance is never very great since the god who demands victims is himself or herself the first sacrificial victim. It is thus not surprising that in «political» myths, the sacrificer become often becomes the sacrificed, and the hero or executioner transforms into the victim (2015, p. 17).

De manera que la no-muerte, tras convertir a la víctima en chivo expiatorio, puede acarrear no solamente que este obtenga un reconocimiento cercano a lo divino, sino, a su vez, que pueda adquirir las alabanzas por los sacrificios posteriores llevados a cabo. Finalmente, la teoría de Girard es circular, si queremos verla de esa manera: en las comunidades arcaicas el chivo expiatorio girardiano es divinizado después de su sacrificio; en caso de no ser asesinado se convierte en el rey/dios y la gloria de todos los sacrificios giraría en torno a su figura. O sea, el chivo expiatorio, sea el sacrificado o el caudillo que sacrifica, siempre es divinizado por traer la paz que se espera. Esta novedad que se inicia después de la desmitificación progresiva de los sacrificios por parte del único sacrificio de Cristo en la cruz altera notablemente el paradigma sacrificial, haciendo que las partes que componen los elementos del mecanismo expiatorio tengan una movilidad constante. Así, como dice Girard: «Los perseguidores medievales y modernos no adoran a sus víctimas, se limitan a odiarlas. Así pues, son fácilmente identificables como tales» (Girard, 2006, p. 55). El cambio sufrido en la esencialidad de sus propósitos, tanto de la víctima como del sacrificador o de la masa furibunda, atenta contra una progresión lógica de los sacrificios en la modernidad, de manera que debemos estar especialmente atentos para poder descubrir estos detalles, como el de la víctima victimizadora.

Por otro lado, además de la perspectiva dumoucheliana, tenemos los datos que nos aporta el propio Girard sobre este tema: «*El agresor siempre ha sido ya agredido. ¿Por qué nunca son percibidos como simétricos los vínculos de rivalidad? Porque las personas siempre tienen la sensación de que el otro es el primero en atacar, que ellas nunca empezaron, mientras que en cierto modo siempre fueron ellas mismas*» (Girard, 2010, p. 46).

Girard se decanta por afirmar una primera postura victimista, donde el sujeto se siente convertido en el chivo expiatorio de su causa, y luego una postura defensiva, donde esta misma víctima juzga inexistentes los lazos con la justicia en tanto que justifica a partir de la agresión sufrida todo intento por renovarse haciendo sufrir lo mismo a sus antiguos victimarios. Si profundizamos en la teoría girardiana esto nos recuerda el discurso del intelectual francés acerca de Dionisos. En un primer momento el pequeño Dionisos es victimizado cruelmente; una vez que es resucitado por Zeus y elevado a una posición superior, se despierta la sed de sangre del dios contra todos. Así, Dionisos, primero fue sometido a un estado de víctima y posteriormente se levanta «justificadamente» como victimario.

El asesinato colectivo desde el cual se instauran los nuevos ejes de todos los sistemas revolucionarios pone fin al victimismo expiatorio del líder y abre el círculo de la violencia hacia aquellos que este defina como posibles «enemigos». ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que, a partir de los inicios del nuevo sistema social, todo aquello que sea contrario, diferente o remar-

cado por el líder como culpable, tiende a ser victimizado y la gloria por la paz o la tranquilidad social obtenida *a posteriori* es dada a aquel que libra a la sociedad de sus males. En cierta forma, el líder totalitario permanece siempre, como el endemoniado de Gadara (Girard, 1986, p. 243), presa del constante ejercicio victimario, presa de su capacidad pacificadora, y en la modernidad se considera el más idóneo para «definir» a aquellos que rompen con el equilibrio social.

Por este motivo, el líder totalitario es visto por nosotros como caudillo/víctima/sacerdote. Es aquel que es capaz de dar a conocer a la masa cuál es el mejor sacrificio, puesto que revela a los «malditos» que traen el desequilibrio social. Es capaz de definir —objetivar el sacrificio— a las futuras víctimas sacrificiales de la comunidad, sin que por ello mengüe su papel primordial. De esta manera, sus juicios son siempre acertados en cuanto al reconocimiento de los culpables, y son acatados por la comunidad como una norma religiosa. El líder totalitario encarna toda la potencia religiosa y la capacidad benéfica que es propia de los chivos expiatorios girardianos.

En esta etapa soviética de la historia de Cuba (habría que evidenciar cómo se manifiestan los sacrificios posteriores al derrumbe del campo socialista y la entrada de Cuba en el periodo especial (1992), es notable la afirmación de Tismăneanu:

El marxismo pese a todas sus pretensiones científicas, representó desde el principio un sucedáneo secular de la religión tradicional, ofreciendo un vocabulario totalizador en el que «el enigma de la historia» era resuelto, y previendo un salto desde el reino de la opresión, la escasez y la necesidad al reino de la libertad (2015, p. 304).

Y esta tendencia tiene también su particular en Cuba. Por un lado el uso prolongado del lenguaje religioso en el sistema totalitario (en particular un lenguaje cristiano, común a la mayoría de los sistemas políticos que reclaman una religiosidad política). Por otro lado, el intento de mantener la religión sincrética afrocubana viva y en uso. Esto para afianzar un discurso político que se regía por un nacionalismo obcecado que defendía la religión yoruba afrocubana como elemento «criollo» de la nación cubana, contra la religión católica «impuesta» por los españoles. Podemos mencionar las tesis de Sixto Gastón Agüero (1961) y de René Depestre (1969), que tenían un claro interés por ganar seguidores de la Revolución observando un posible paralelo de intereses y retomando las luchas de esclavos negros del siglo XVIII y XIX como una lucha contra el colonialismo y luego el imperialismo (Argyriadis, 2005, p. 89). Así la tergiversación y el uso de los elementos religiosos sincréticos para la unificación de la sociedad cubana en una vertiente provechosa al sistema político es otra de las características propias de lo cubano. La religión yoruba, una religión arcaica exportada del Congo, mantiene a gran parte de la sociedad civil cubana, aún en nuestros días, en un estado de referencia mágico-religioso y una decadencia intelectual importante que permite a la ideología política imperante focalizar fácilmente sus proyectos para continuar controlando a las masas.

Retomando el discurso sobre la víctima victimizadora, en el momento en que el líder mantiene su presencia permanente y afianza su discurso en una potestad cuasirreligiosa —cosa común, como es sabido, en el comunismo—, que justifica a partir de las agresiones constantes recibidas¹³, solo queda preguntarnos en cada periodo histórico hacia dónde se enfocó el sacrificio político expiatorio.





La pureza de la sociedad debía llevarse a cabo en la erradicación de las conexiones con el pasado. Todo lo que pudiera recordar a las antiguas clases sociales burguesas o a algún grupo social que presentase un ensoñamiento distinto de la consecución de la historia que presentaba el gobierno serían purgados como «peligrosos». Esta etapa de viraje sacrificial es tan antigua como el tiempo. Como señala Girard al hablar de la Revolución Francesa de 1789: «Los ricos y los poderosos ejercen sobre la sociedad una influencia que justifica las violencias de que se les puede hacer objeto en periodos de crisis. Se trata de la santa rebelión de los oprimidos, etc.» (1986, p. 30). Así, la perspectiva marxista-leninista contra las clases medias y altas sería puesta en marcha en Cuba desde 1960. Tanto la expropiación de sus bienes como la expulsión del país responden más a una ira ciega masiva contra las clases altas —siempre identificadas con lo maléfico— que por la existencia de un motivo de peso que llevará a la Revolución a esta limpieza social.

En un discurso pronunciado a los trabajadores de la *Shell Oil*, Fidel Castro afirmó: «No hicimos la Revolución para defender los intereses de los poderosos, sino de los humildes [...]» (Thomas, 1974, t. III, p. 1534). Era claro que para Fidel la manera de ganarse a la masa era poniendo a las minorías en evidente desventaja. ¿Por qué hablar de una minoría en Cuba como sacrificial? La clase alta en Cuba al inicio de la Revolución era una minoría, siempre las clases altas son una minoría. De forma que la masa se siente siempre tentada al sacrificio de este grupo, y más si los discursos del Gran Hermano van encaminados a soliviantar las heridas pasadas de las clases medias-bajas. Como afirma Girard al hablar de las minorías:

Las minorías [...] tienden a polarizar en su contra a las mayorías. Este es un criterio de selección de víctimas sin duda relativo a cada sociedad, pero en principio transcultural. Hay muy pocas sociedades que no sometan a sus minorías, a todos sus grupos mal integrados o simplemente peculiares, a determinadas formas de discriminación cuando no de persecución (1986, p. 27).

Por supuesto, la historia de Cuba nos muestra que no fueron solo los ricos o de clase media los sujetos afectados por esta purificación forzosa, la Revolución cubana transformó en distintas etapas a diferentes agentes sociales en los monstruos que debían ser sacrificados. Durante un tiempo, los ricos o antiguos allegados al régimen batistiano (Thomas, 1974, t. III, pp. 1567, 1660 y 1725), en otros, los homosexuales^[14], los grupos religiosos que alzarán su voz contra el régimen —que fueron, en su gran mayoría, o expulsados^[15] o llevados a los campos de concentración de trabajo forzado que al igual que el Gulag soviético tenía una función educativa e ideológica más que represiva, llamados Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP) —, los intelectuales, los disidentes o los que decidían lanzarse al mar para exiliarse a Estados Unidos^[16]. En particular, este país del norte de América fue personificado y fue el sujeto constante en torno al cual se dirigían las críticas y discursos de persecución revolucionarios; fue culpabilizado por provocar con sus constantes acciones (desde el bloqueo económico, el intento de ataque al país por la bahía de Cochinos en 1961, y la expulsión de Cuba de la OEA...) la desestabilización política, económica y social de la isla (Thomas, 1974, t. III, pp. 1624 y 1635). Cada periodo de la historia cubana debe ser revisado en detalle para aclarar hacia dónde fue objetivado el sacrificio expiatorio.

En sus sesenta años, la Revolución cubana, por momentos, utilizará estos chivos expiatorios para apartar la mirada del líder y el partido y posarla sobre los *otros*. Estos *otros* serán, constantemente, los culpables de los problemas internos y solo con grandes discursos, marchas y expulsiones —claros elementos rituales del sacrificio— se podía demostrar la unión del pueblo de Cuba en un único ideal. Después de estos grandes tiempos de crisis social, llegaba la tranquilidad. La actuación de la masa, de forma furibunda y aterradora, actúa con una fuerza feroz, capaz de eliminar cualquier agente de la ecuación social. El profesor Barahona, en su último artículo sobre las repercusiones sociales visibles en julio de 2020 en los Estados Unidos, señala sobre la masa:

La masa no necesita saber historia, ni lo quiere. No sea que descubra las verdaderas razones por las que se tira a la calle a sacrificar hombres o sus estatuas. La masa [...] sale a la calle con azadones, antorchas y guadañas a linchar a los culpables como si se tratase de una representación de caza de brujas (Barahona, 2020).

Y tras la exaltación al máximo de la violencia, acontece la paz y el olvido y el silencio total ante estos hechos.

Girard, al respecto del olvido que imponen estos sistemas, asevera:

Entre los procesos totalitarios y el de que Job es víctima hay otros rasgos comunes. Uno de los más espectaculares es la pérdida de la memoria, la voluntad de eliminar no solo la propia víctima propiciatoria sino todo lo que pudiera recordarla, incluido su nombre, que no debe ya pronunciarse (Girard, 1995, p. 143).

Los rituales y las prohibiciones después de la crisis social y el sacrificio se fundan en un olvido nacional de los problemas sociales y en una mitologización del líder y el Estado. De esta manera, las marchas multitudinarias del 28 de enero, el primero de mayo, el 26 de julio entre otras, dentro del sistema cubano, sirven para ratificar el «compromiso» de la masa con la Revolución y permiten continuar los discursos políticos a lo largo de las últimas seis décadas. Incluso las fiestas, tan estudiadas por Girard en *La violencia y lo sagrado*, en Cuba eran como una respuesta ritual al compromiso revolucionario. Tenemos, por ejemplo, la fiesta nacional que celebran los cubanos del 27 al 28 de septiembre como recuerdo de la fundación de los CDR (Comités de Defensa de la Revolución). Y por supuesto las relaciones interpersonales en estos sistemas están sujetas a los pequeños grupos que, desde muy jóvenes, funcionan como elementos controladores de la racionalidad y de las relaciones humanas. Su máximo objetivo es el cumplimiento de las prohibiciones sociales y mantener como masa cohesionada a los individuos. Tenemos, por ejemplo, la OPJM (Organización de Pioneros José Martí), la FEEM (Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media), la FEU (Federación de Estudiantes Universitarios), la FMC (Federación de Mujeres Cubanas) y el PCC (Partido Comunista de Cuba), etc. Este sinnúmero de organizaciones impide un ejercicio privado racional del individuo que, incapaz de salirse de los marcos determinados, acaba siendo parte de una masa en la pertenencia constante a uno de estos movimientos de masa.



5. CONCLUSIÓN

La teoría de René Girard lanza una mirada renovada a los sistemas políticos, presta especial atención al continuo uso de los elementos sacrificiales. Esta teoría nos permite conocer una nueva manera de comprender los horrores totalitarios en todas sus formas. Y nos aporta la luz necesaria para captar que, bajo esas experiencias «justificadas» de acciones sociales violentas para palear los ataques de *fuera de la comunidad*, lo que realmente se esconde es una justificación insostenible del uso del mecanismo sacrificial para contener la violencia y los males resultantes de *dentro de la comunidad*. Consideramos que la mejor manera de concluir sería citando a Girard:

Las sociedades totalitarias modernas han acabado por destruir esta transcendencia; las sociedades primitivas no han conseguido producirla. En ambos casos, solo hay un recurso: el mecanismo del chivo expiatorio. Antes del totalitarismo, las sociedades modernas no habían conseguido eliminar los chivos expiatorios, pero habían contenido y atenuado la violencia dentro de sus fronteras. Estos modestos progresos se ven hoy comprometidos por la creciente virulencia de los conflictos internacionales y el pujante regreso del proceso victimario, tanto en el terrorismo como en el totalitarismo (Girard, 1995, p. 141).

6. BIBLIOGRAFÍA

- Antonello, P. y Webb, H. (eds.) (2015). *Mimesis, Desire, and the Novel. Rene Girard and Literature Criticism*. East Lansing: Michigan State University Press.
- Anspach, M. (2008). *René Girard*. París: L'Herne.
- Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus. [Original: *The origins of the totalitarianism*. Nueva York: Harcourt, Brace and Co.].
- Aron, R. (2017). *Democracia y totalitarismo*. Página Indómita.
- Argyriadis, K. (2005). «Religión de indígenas, religión de científicos: construcción de la cubanidad y santería». *Descartos 17*, pp. 85-106.
- Barahona, Á. (2020). «De Colón y Fray Junípero a Jebediah Springfield». Recuperado en <https://violenciayreligion.org/2020/07/05/de-colon-y-fray-junipero-a-jebediah-springfield/> (6 de julio 2020).
- Bataillon, G. (2010). «De la lucha contra el tirano a la dictadura totalitaria: las revoluciones de Cuba (1959) y Nicaragua (1979)». *ISTOR, 10* (40), pp. 5-30. Recuperado de http://cespra.ehess.fr/docannexe/file/2905/istor40_texte.pdf.
- Careaga, G. (1997). «Cuba: Las raíces de la Revolución». *Estudios Políticos*, 16, pp. 5-34. Recuperado de <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rep/article/view/37167>.
- Castro Ruz, F. (1961). «Discurso del Presidente de la República de Cuba, en las honras fúnebres de las víctimas del bombardeo a distintos puntos de la república», efectuado en 23 y 12, frente al cementerio de Colón, el día 16 de abril de 1961. Recuperado en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f160461e.html>.
- Depestre, R. (1969). «Las metamorfosis de la negritud en América». *Etnología y Folklore 7*, La Habana: Academia de Ciencias.



- Dumouchel, P. (2015). *The Barren Sacrifice. An Essay on Political Violence*. East Lansing: Michigan State University Press.
- Friedrich, C. y Brzezinski, Z. (1956). *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*. Massachussets: Harvard University Press.
- Gastón Agüero, S. (1961). *El materialismo explica el espiritismo y la santería*. La Habana: Orbe.
- Girard, R. (1982). *Misterios de nuestro mundo*. Salamanca: Sígueme. [Original francés: (1978). *Des choses cachées depuis la fondation du monde*. París: Grasset].
- (1985). *Mentira romántica y verdad novelesca*. Barcelona: Anagrama. [Original francés: (1961). *Mensonge romantique et vérité romanesque*. París: Grasset & Fasquelles].
- (1983). *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- (1986). *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama. [Original francés: (1982). *Le bouc émissaire*. París: Grasset & Fasquelles].
- (1995). *La ruta antigua de los hombres perversos*. Barcelona: Anagrama. [Original francés: (1985). *La route antique des hommes pervers*. París: Grasset].
- (2006). *Los orígenes de la cultura. Conversaciones con Pierpaolo Antonello y João Cezar de Castro Rocha*. Madrid: Trotta.
- (2010). *Clausewitz en los extremos. Política, guerra y apocalipsis*. Buenos Aires: Katz. [Original francés: (2007). *Achever Clausewitz*. París: Carnets Nord, París].
- González Calleja, E. (2012). *Los totalitarismos*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Lefort, C. (1994). *L'invention démocratique*. París: Fayard.
- Margolius, I. (2006). *Reflections of Prague: Journeys through the Twentieth Century*. Londres: Wiley.
- Máxima Uriarte, J. (2010). Totalitarismo. Recuperado en: <https://www.caracteristicas.co/totalitarismo/> (3 de febrero 2020).
- Östman, L. (2007). «The sacrificial crises law and violence». *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture* 14, pp. 97-119.
- Ourghoulian, J.-M. (2012). *Psychopolitics. Conversations with Trevor Cribben Merrill*. East Lansing: Michigan State University Press.
- Parrilla, D. (2015). «Cristianismo y mitología en la teoría de René Girard». *Proyección LXII*, pp. 175-188.
- Rojas, R. (2011). «La soledad constitucional del socialismo cubano». *Claves de la razón práctica* 218, pp. 44-51.
- (2012). *La máquina del olvido. Mito, historia y poder en Cuba*. Madrid: Taurus. Versión Kindle.
- Tismăneanu, V. (2015). *El diablo en la historia*. Barcelona: Stella Maris.
- Thomas, H. (1974). *Cuba. La lucha por la libertad 1909-1958* (tomos II y III). Barcelona: Grijalbo.

7. NOTAS

[1] Así lo considera Mark Anspach al afirmar: «Girard destrona alegremente a los especialistas titulados e incómoda a las distinciones consagradas. Su voluntad de remontar a los “orígenes de la cultura” le conduce a deconstruir nuestras categorías familiares, a indiferenciarlas hasta el punto de alcanzar esa confusión primordial de la que solo la operación diferenciadora del mecanismo victima-rio podrá sacarla» (Anspach, 2008, p. 9).





[2] «Cuando una sociedad se descompone los plazos de pago se acortan; se instala una reciprocidad más rápida no solo en los intercambios positivos que solo subsisten en la estricta medida de lo indispensable, por ejemplo en forma de trueques, sino también en los intercambios hostiles o “negativos” que tienden a multiplicarse. La reciprocidad, que, por así decirlo, se vuelve visible al acortarse, no es la de los buenos sino la de los malos modos, la reciprocidad de los insultos, de los golpes, de la venganza y de los síntomas neuróticos. He aquí por qué las culturas tradicionales rechazan esta reciprocidad en exceso inmediata». (Girard, 1986, p. 23).

[3] «La conjunción de todo este mecanismo que comprende mito, rito y prohibición constituye lo que se denomina sistema sacrificial. Las culturas arcaicas vistas desde esta perspectiva consisten en la administración del ciclo mimético con ayuda de los mecanismos victimarios y la mentalidad sacrificial» (Parrilla, 2015, p. 179).

[4] «Totalitarismo». Autor: Julia Máxima Uriarte. Para: Caracteristicas.co. Última edición: 10 de enero de 2020. Disponible en: <https://www.caracteristicas.co/totalitarismo/> (consultado el 3 de febrero de 2020). La cursiva es mía. Estas características podemos encontrarlas en Aron (2017), Arendt (2006), Friedrich & Brzezinski (1956) y Lefort (1994).

[5] «In yet another way, Schmitt's definition of the state of exception draws attention to an important aspect of Girard's thought on the crisis situation. The situation is not chaos. The institution has lost its validity but still exists. The scapegoat is not a chaotic means to an end but a means to protect the institution from overall collapse and disintegration» (Östman, 2007, p. 107).

[6] «Las instituciones pierden su vitalidad; el armazón de la sociedad se hunde y se disuelve; lentamente al comienzo, la erosión de todos los valores se precipita; la totalidad de la cultura amenaza con hundirse y se hunde un día u otro como un castillo de naipes» (Girard, 1983, pp. 59-60).

[7] Como menciona Ourghoulian en una de sus obras: «Politics is no longer able to designate a precise and credible enemy, one that is capable of earning the approval of the entire nation» (Ourghoulian, 2012, p. 39). Este detalle es bastante importante, pues de la misma manera que no hay una eficacia sacrificial en los asesinatos llevados a cabo por Batista, tampoco se da esta eficacia y esta aprobación general al sacrificio victimario en el totalitarismo naciente después de 1959.

[8] Noticia publicada en el sitio web Cubadebate: <http://www.cubadebate.cu/especiales/2019/01/01/y-triunfo-la-revolucion-como-lo-conto-la-prensa-fotos-y-audio/#.XwHcRigzZPY> (5 de julio de 2020).

[9] «Lo que de esa cultura y esa política interesaba a los ideólogos del nuevo Estado —las guerras de independencia, José Martí, el movimiento obrero, la Revolución del 33 y algunos líderes del comunismo o el nacionalismo republicanos como Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena o Antonio Guiteras— era aquello que funcionaba como indicio providencial del triunfo revolucionario de 1959 y su institucionalización socialista. Los aparatos ideológicos del socialismo cubano se dieron a la tarea de transmitir a la ciudadanía la idea de que Cuba comenzaba a ser una nación-Estado, propiamente dicha, a partir de ese año y que su máximo líder, Fidel Castro, era el realizador de un sueño de independencia realizado desde la muerte de José Martí en 1895» (Rojas, 2012, p. 57).

[10] Cf. Thomas, 1974, t. III, pp. 1374 y ss. Hugh Thomas utiliza la palabra purga en varias ocasiones con la idea de una limpieza radical. Lo mismo podríamos destacar en la teoría girardiana cuando habla del sacrificio. Es la purificación ritual que se lleva a cabo en la estigmatización hacia una víctima y en la expulsión de esta.

[11] Girard (1986) estudia en los dos primeros capítulos de su obra *El chivo expiatorio* las ideas al respecto de los *discursos de persecución* y los *arquetipos victimarios*. Su atención a la historia mítica

de Edipo le permite construir todo un sistema arquetípico y, en una crítica a Guillaume de Machaut, le acusa de construir discursos de odio hacia los judíos que enardecía los ánimos de la masa contra estos. Podemos ver los mismos elementos en los primeros pasos del líder Castro: los arquetipos están definidos por una dicotomía simple, los que están con él en su grupo y el resto de los grupos simpatizantes y *los otros*. Los discursos, por su parte, están centrados en estos primeros momentos en romper con el régimen batistiano y acabar con cualquier grupo político que no estuviera de acuerdo con sus ideas. Más adelante, con el curso soviético que vivirá Cuba, se someterán los prototipos arquetípicos a una copia de los principios de la Unión Soviética y en una feroz arremetida contra todo lo que pueda representar el espíritu de los Estados Unidos.

[12] De manera particular, el caso del juicio-espectáculo y fusilamiento del general Arnaldo Ochoa y de otros generales de la Revolución es de los más conocidos y polémicos de la historia de Cuba. En el periódico español *El País*, la periodista Maite Rico presenta un interesante argumento titulado «Las purgas de Fidel», donde encontramos esa tendencia totalitaria del líder revolucionario de purificar su entorno sacrificando impunemente a los aliados cercanos para salvar su prestigio nacional. (https://elpais.com/diario/2009/03/08/internacional/1236466803_850215.html). El mismo periodo español siguió la noticia del día 14 de julio de 1989 (https://elpais.com/diario/1989/07/14/internacional/616370404_850215.html).

[13] Aquí los Estados Unidos tienen un considerable lugar, pues las agresiones que realmente han perpetrado contra Cuba y su gobierno ha permitido que estos últimos tengan unos elementos poderosos para defenderse y luego contraatacar con discursos de persecución y con sacrificios políticos. Es interesante lo dicho por Bataillon al respecto de la culpabilidad de las acciones de los Estados Unidos contra Cuba, que solo lograron un reforzamiento del discurso revolucionario. Véase Bataillon (2010), p. 10.

[14] Artículo de Roberto Zimmerman en el diario español *El Mundo* sobre la constante represión y persecución de los homosexuales en Cuba. <https://www.elmundo.es/america/2010/09/23/cuba/1285267025.html>.

[15] El titular del periódico *Prensa Libre* del día 18 de septiembre de 1961 abrirá: «Expulsan de Cuba a 136 sacerdotes»: <https://www.prensalibre.com/hemeroteca/cuba-expulsa-a-sacerdotes/>.

[16] «Entre tanto, casi 3.000 cubanos por semana salían para el exilio; la mayoría se iban a Estados Unidos, pero muchos también iban a España o al resto de Sudamérica: desde principios de 1959 hasta mitad del verano de 1962, habían abandonado la isla más de 200.000 exiliados, es decir, casi el 3 por ciento de la población; se trataba ya de uno de los mayores éxodos que se habían registrado nunca» (Thomas, 1974, t. III, p. 1766). Junto a este exilio se hicieron evidentes los ataques de la población a quienes se iban, diversos discursos de odio y frases peyorativas gritadas por la masa. Por desgracia, no serían los éxodos masivos más conocidos, con un sentido sacrificial al estilo girardiano. Los más grandes de estos son la expulsión por el Mariel en 1980 (véase la noticia conmemorativa de los 35 años en el diario *El País*: https://elpais.com/internacional/2015/09/13/actualidad/1442113548_063090.html) y la crisis del «Maleconazo» en 1994, aunque esta tiene la característica principal de ser una respuesta popular a la crisis económica que acabará en una represión del gobierno a sus ciudadanos y en una apertura nacional al libre exilio de los cubanos (<https://www.diariolasamericas.com/america-latina/la-revuelta-popular-que-antecedio-al-exodo-cubanos-1994-n4128622>).

